





UNA VIDA PASADA



Raúl García Camacho

UNA VIDA PASADA



Primera edición: enero de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Raúl García Camacho

ISBN: 978-84-17362-10-2

ISBN digital: 978-84-17362-11-9

Depósito legal: M-866-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Irene Paauw



La gente exitosa se mantiene en movimiento

—Buenos días, cariño.

Así solía despertar Edna Gibbs a su esposo Ralph todas las mañanas, mientras retiraba las cortinas y abría los ventanales de la inmensa habitación. El ambiente era denso, caliente, casi irrespirable,apestaba a alcohol, cigarro puro y perfume barato.

Silencio. Silencio era la respuesta que obtenía de su esposo todas las mañanas. Era el silencio más despreciable que un ser humano puede recibir de otro. Y eso la mataba. Día tras día.

Ralph Gibbs era un hombre de negocios que, a sus treinta y cinco años, ya había amasado una buena fortuna gracias a inversiones y al negocio de la industria maderera. No muy alto, no muy robusto, pero con gran ojo para los negocios y un imponente bigote de época y su inseparable sombrero de copa, eran sus señas de identidad.

Recién acabada la Primera Guerra Mundial, aquella mañana de febrero de 1919 amanecía fría. Ralph desayunaba leyendo *The Daily Telegraph* mientras el servicio ya había comenzado a hacer sus tareas en la casa. Edna, por el contrario, se bañaba, peinaba, vestía y bajaba a despedir a su esposo a la puerta de la gran casa de la que disponían en el buen barrio de Wimbledon. En un beso sin sentimiento, casi obligado, y un «que tengas buen día cariño», consistía la despedida, ni una palabra más. La pequeña lágrima que brotaba del ojo izquier-

do de Edna ya rodaba por la mejilla cuando veía entre las cortinas alejarse a Ralph en aquel Morris Cowley recién adquirido en Morris Motor Company a buen precio y gracias a los favores que algún colaborador le debía. La grava del suelo de la entrada de la casa saltaba como disparos debajo de las ruedas blancas del coche, disparos que Edna sentía cómo se clavaban en su alma un día tras otro. Sin llegar a salir el coche por el arco de forja que delimitaba los terrenos de aquella vivienda, y casi sin tiempo para haberse secado la pequeña lagrима, las voces de Justin y Jane se oían ya por la cocina. La Universidad de Londres les esperaba, como cada mañana.

Justin era el primogénito, de carácter e ideas similares a las de su padre. Joven, vigoroso, guapo, estudiante de Económicas y con mentalidad negociadora. Amigo de sus amigos y con una relación sentimental recién estrenada. Tenía toda la vida por delante y mucha ilusión por todo. Seguía casi sin querer los pasos de su padre, aunque no le gustaba la vida que su progenitor llevaba, por lo que se cuidaba mucho de actuar como él en el terreno personal, pero para los negocios era su icono. Observaba muy atentamente cómo se desenvolvía en los negocios, pues para Justin su padre era el auténtico maestro.

Por otro lado, Jane, su hermana, dos años menor que él, era idéntica a su madre. De aspecto joven, recatada, vergonzosa, inteligente y con una belleza inusual para una chica de su edad. Estudiaba Medicina, pero en la facultad no era una chica muy popular, ya que su pudor y vergüenza la hacían pasar desapercibida entre los compañeros y amistades. La responsabilidad era su mayor título personal.

Los jóvenes ya habían partido hacia la universidad aquella mañana, su esposo Ralph hacia los aserraderos del puerto londinense y a Edna, casi sin darse cuenta, la volvía a inundar aquella sensación de soledad que sentía cada mañana, cada tarde, cada noche, cada día.

Edna Gibbs, joven, descendiente de buena familia, buena esposa y buena madre, admirada en los círculos en los que se movía

por su juventud, belleza, posición social e inteligencia, pero con una sombra casi desconocida para el resto del mundo. Sombra que solamente conocía ella y su esposo, o al menos era lo que ella pensaba, porque la dependencia emocional que sentía hacia su esposo era bien sabida por la gente del vecindario, amistades y familiares. Dependencia que pensaba que solamente sentía ella y era desconocida por los demás, puesto que siempre lucía una gran sonrisa y un aspecto envidiable, pero sus actos eran demostrables y públicos de lo que sufría por su esposo. Sufría por amor. Sufría por lo que Ralph fue y ya no es. Sufría por lo que ella era y seguía siendo. Y, sobre todo, sufría por ver cómo Ralph autodestruía su salud en aquellas noches interminables de alcohol que se repetían casi a diario.

Edna pasaba las mañanas en casa, bordando, con su inseparable sirvienta Josephine, buena sabedora y confidente de sus penas y angustias. O trabajando en el jardín los días soleados. Aquella mañana era igual que muchas otras tantas mañanas de meses atrás, frías y húmedas. Sonó el timbre de la puerta. Era el cartero, traía una carta del director de la universidad:

Estimado Sr. Gibbs:

Por la presente le comunico la deuda contraída con la Universidad de Londres desde meses atrás. Con el fin de poder solucionar este asunto, y no tener que interrumpir los estudios de sus hijos Justin y Jane Gibbs...

El enfado de Edna era notable, tanto que hasta en la cocina lo único que se oía era el sonido del vapor saliendo de las cacerolas. Nadie se atrevía a decir ni una palabra a no ser que la señora de la casa hablara primero. Cogió el teléfono y telefoneó a su esposo.

—Ralph, ha llegado una carta de la universidad. Dice que no hemos pagado los últimos meses y que de seguir así interrumpirán los estudios de nuestros hijos. ¿Sabes algo?

—No, debería de estar todo pagado. No me consta que tengamos ningún pago pendiente.

—Llevaste el dinero antes del día de Nochebuena, ¿recuerdas?

Claro que Ralph lo recordaba, perfectamente. Recordaba perfectamente lo que hizo con el dinero de la universidad aquella noche en las calles del barrio de Tottenham Green. Y pensó que tenía todas las navidades por delante para pagar antes de que Edna lo descubriera, pero el coñac, el *whisky* y el tabaco hacían que se olvidara de todo. Puso un gesto de arrepentimiento y contestó:

—Debe de ser un malentendido todo, cariño. Telefonaré personalmente al director ahora mismo y enviaré a una persona allí para solucionar todo esta misma mañana.

De inmediato, nada más colgar el teléfono, telefoneó al director de la universidad para tener una conversación personal, interesándose por a cuánto ascendía la deuda, afirmando que todo se debía a un malentendido y que sus hijos deberían seguir cursando sus estudios normalmente como hasta ahora se había hecho.

—Le envió a mi mejor hombre de confianza con el dinero, señor, y disculpe las molestias ocasionadas a usted y a la universidad. Es un error que no se repetirá y me encargaré personalmente de que así sea.

La conversación tenía un cierto tono de cordialidad y, a medida que avanzaba, se tornaba en un tono amenazante hacia el director.

—Señor director, ruego que, para próximas notificaciones, estas sean enviadas a los aserraderos Gibbs & Co., y no al domicilio familiar, ya que se trata de un asunto entre la universidad y yo, por lo que deberíamos dejar a un lado a la familia... Usted me entiende perfectamente, ¿no, señor director?

El señor Miller, íntimo amigo de Ralph desde la infancia, confidente y mano derecha suya en los negocios, tomó el dinero de la caja fuerte de los Aserraderos Gibbs & Co., y galopando sobre su caballo se dirigió rápidamente bajo la fina lluvia londinense a la universidad. El frío, la lluvia y el barro eran notables en él. La capa del Sr. Miller parecía pesar el doble debido a la humedad, y la respiración del caballo era muy notable en el ambiente a cada bocanada de aire que expulsaba, a ritmo acelerado. Una carta y

una bonificación económica a modo de disculpa acompañaban en el sobre al montón de libras que debía a la universidad. La deuda quedó saldada y la tranquilidad volvió al pecho de Ralph.

—Albert, ¡esto hay que celebrarlo esta misma noche! Prepáralo todo. ¡Iremos al Red Tavern!

—Como quiera, Sr. Gibbs.

Red Tavern era un tugurio del barrio de Tottenham Green, al que Ralph y su inseparable amigo Albert Miller acudían casi a diario después del trabajo. A veces seguían allí sus negocios con los clientes, sobre todo con el Sr. Montgomery Cocks, principal cliente e inversor con el que el Sr. Gibbs había hecho gran parte de su fortuna. Pero la mayoría de las tardes acudían allí simplemente por diversión. Por diversión y por Natalie y Patty, dos chicas trabajadoras del local, que por un puñado de chelines les alegraban el día a Ralph y Albert. Red Tavern era un local grande, oscuro, sin ventanas, con música alegre, baile y una espesa capa de humo de pipa y cigarro que hacía que eclipsara el olor del perfume de las chicas del local hasta que ellas estuvieran a pocos centímetros de sus narices. Las tardes se convertían en noches mientras Edna esperaba en casa la llegada de su esposo para pasar un rato agradable mientras cenaban. Pero eso no ocurría muy a menudo.

—Mamá, ¿dónde está papa?

—Trabajando, Jane. Ya sabes que papá tiene mucho trabajo y siempre llega tarde a casa...

Edna y Jane se miraron un instante, con cara de incredulidad, y dejaron así el tema, como si eso fuese verdad.

—Por eso cuando llega, viene tan cansado que se va a dormir directamente... —dijo Justin, en voz baja, con el tono justo para que su madre y su hermana lo escucharan, y con un tono despectivo y sarcástico. Edna le golpeó el brazo.

—¡Justin! ¡Habla bien de tu padre! Trabaja mucho y viene muy cansado. Sin él no podríamos tener esta casa, ni el coche, ni nuestros estudios, ni la comida que tenemos...

Acabó la cena. Justin y Jane ya estaban cada uno en su habitación. Justin solía escribir cartas a su prometida cada noche antes de dormir, pero casi nunca las enviaba. Las guardaba todas en una caja con el fin de enseñárselas a ella algún día, en un futuro lejano, como muestra de amor. Jane estudiaba, aunque fuese fin de semana. No podía dormir con la conciencia tranquila si no abría los libros antes de dormir. Edna escuchaba la radio mientras se desvestía y se preparaba para ir a dormir, no sin antes esperar a que volviera Ralph. Aunque cuando volvía, Edna se hacía la dormida. Ralph caía rendido en la cama y no se daba cuenta de que Edna lloraba suavemente y en silencio, como cada noche. Y esa noche no fue distinta a las demás. Un día entero esperando a que volviera a casa y tener su ración de cariño diaria, pero cuando volvía era tarde y estaba borracho. Y seguramente se habría acostado con Natalie o Patty o cualquier otra chica del Red Tavern, con lo cual, Edna, otra noche más la pasaba igual que muchas otras noches, sola, triste y llorando. Pero no perdía la esperanza de volver a recuperar a aquel Ralph joven, atento y cariñoso que fue en su juventud, cuando se conocieron aquella tarde en el baile de la universidad.

«¿Cómo ha podido cambiar tanto? ¿Qué estoy haciendo mal?», pensaba Edna.

Amanece. Otra mañana fría y lluviosa, pero era un día distinto. Era un día importante para Ralph, hoy tenía una importante reunión con el Sr. Montgomery Cocks que le reportaría una buena suma de dinero si conseguía cerrar el contrato que llevaba semanas preparando. Aquella mañana, Ralph llegó temprano al aserradero, estaba radiante, pletórico y un tanto nervioso. Llevaba un gran pañuelo anudado al cuello, pantalones y chaqueta impecables y los zapatos relucían como espejos. Empezó a encender el fuego de la chimenea para que el ambiente del despacho fuese cálido y familiar. Preparó la bandeja de los brandis y coñacs, sabedor del buen paladar del Sr. Cocks. Los periódicos financieros más importantes de la época esperaban encima de la mesa. Todo parecía estar perfecto en aquel gran despacho para la reunión. Acto seguido,

llegó Albert, con cierto aire de nerviosismo también, pero no tan radiante como Ralph, pues la noche en vela y el exceso de alcohol de la tarde anterior estaban pasando factura a su aspecto.

—Buenos días, Albert.

—Buenos días, Sr. Gibbs —respondió Albert.

—No me llames Sr. Gibbs, Albert. Tú nunca me llamas así —dijo Ralph con voz tranquila, intentando calmar a su compañero—. El Sr. Montgomery estará a punto de llegar. ¿Tienes todo preparado, Albert?

Albert estaba seguro de que sí, pero no pudo resistirse a volver a buscar en su antigua cartera de cuero los documentos y contratos necesarios para aquella reunión. Documentos y contratos que había revisado decenas de veces y que estaba seguro de que los tenía preparados y en perfecto orden guardados en la cartera, pero los nervios hacían que los revisara una y otra vez.

—Sírrete una copa, Albert, te ayudará a relajarte. No quiero que el señor Montgomery vea ni un ápice de duda.

—Es muy temprano aún para el coñac, además tengo frío todavía. Me tomaré un té.

El coche del Sr. Montgomery estaba llegando al aserradero. Su coche paró frente a la puerta principal y el Sr. Gibbs salió a recibirlo. Albert esperaba detrás, a unos metros de distancia, como queriendo marcar el estatus que tenía cada persona en esa reunión. El chófer abrió la puerta trasera del coche y el pie derecho del Sr. Cocks pisó el suelo firmemente. Por la puerta trasera izquierda se bajó otra persona, un reputado abogado londinense con el que ni el Sr. Gibbs ni Albert contaban. Venía a dejar constancia de todo lo que sucediera en aquel encuentro. Una especie de escalofrío recorrió el cuerpo de Ralph de pies a cabeza. Los cuatro tenían un gesto serio. No habían llegado a saludarse y el ambiente ya parecía tenso.

—Buenos días, Sr. Gibbs, le presento al Sr. Sellers, mi abogado. Dejará constancia de la reunión en acta y preparará los contratos si llegamos a un buen acuerdo.

Acto seguido, después de las presentaciones, al Sr. Montgomery le cambió la cara y una leve sonrisa se dibujó en su expresión, gesto que a Ralph le hizo sentirse un poco más tranquilo.

Una vez reunidos en el despacho, el té recién hecho humeaba por la boca de la tetera y una leve conversación informal que no tenía nada que ver con la reunión hizo que el ambiente fuera más tranquilo y amable, pero a medida que avanzaba la reunión, el ambiente iba cambiando de amable a tenso, de informal a serio... Los téis dieron paso a los coñacs y los periódicos económicos a los contratos y documentos. El acuerdo para abastecer madera durante dos años a los astilleros más importantes de Londres estaba a punto de cerrarse. Acuerdo que a Ralph le iba a reportar una gran cantidad de dinero, la suficiente como para no tener que preocuparse por el dinero durante un par de años. Era el contrato de su vida, uno de los más importantes que había firmado. Era el salto a lo más arriba y los nervios hacían sus malas pasadas en Ralph y Albert, que no paraban de sudar a pesar del frío que hacía fuera.

A las dos de la tarde, tras horas de negociaciones, llegaron a un acuerdo. El contrato estaba cerrado a falta de un documento que avalaría a los astilleros el suministro suficiente de madera requerida. La reunión se pospuso hasta dentro de dos semanas, día en el que el Sr. Montgomery y el abogado se presentarían de nuevo en el aserradero con el contrato preparado para firmar si Ralph conseguía el aval. Dos semanas.

Las siguientes dos semanas fueron duras y cortas. La sensación de que el tiempo corría más rápido de lo normal era apreciable. Era fácil conseguir la madera suficiente para los dos próximos años, pero los trámites que aseguraban el aval no eran tan fáciles de conseguir en tan solo dos semanas. Las reuniones, cartas, llamadas y visitas a las empresas suministradoras se repetían una y otra vez sin parar. Durante dos semanas no existía otra cosa en las cabezas de Ralph y Albert que madera, madera y madera. Dos semanas frenéticas de nervios y negociaciones que hicieron que se olvidaran del Red Tavern y sus adorables chicas Natalie y Patty.

Al fin consiguieron el documento que les avalaba como suministradores de toda la madera requerida, pero pagando un precio no muy bajo, lo cual les haría ganar menos libras de la que ellos esperaban, pero era la única empresa que podría suministrarle toda esa madera. Los negocios son así.

Y aquel viernes llegó. Frío y lluvioso, como aquel viernes de hace dos semanas. Pero eso era lo de menos, ya no había nervios y la reunión se barruntaba corta e informal. El Sr. Montgomery y el abogado Sellers llegaron en su coche. Ellos tampoco parecían tener un aspecto demasiado serio. Se trataba de certificar los avales y documentos y firmar los contratos. Algo rápido. Y así fue. En menos de una hora, Ralph y Albert daban saltos de alegría en aquel cálido despacho con los contratos en la mano. Era pronto, muy pronto, pero no les importó la hora para brindar por la ocasión con un buen coñac, el mejor que había en el despacho. La alegría se podía masticar, estaban radiantes. Tanta felicidad rebosaba Ralph que no dudó en telefonar a su esposa para darle la buena noticia.

—Hola, Edna. El contrato está firmado. ¡Lo hemos conseguido! —gritó Ralph al teléfono—. No me esperes para comer hoy. Te quiero, Edna.

—Te quiero, Ralph —respondió Edna con la voz un tanto temblorosa—. Te espero esta noche para cenar.

La alegría pasó del despacho a la vivienda a través del cable telefónico e inundó cada poro de Edna. Hacía muchísimo tiempo que Ralph no mostraba cariño hacia ella y Edna pensó que aquel negocio, el más importante hasta ahora, lo haría cambiar y las cosas volverían a ser como antes, como hace años. Y como es normal en ella, acabó llorando una vez más, pero esta vez no lloraba de tristeza y soledad, lloraba de alegría y amor.



El exceso es el veneno de la razón

La mañana siguió entre bancos y tesorcerías para tener a buen recaudo los documentos y contratos. Una vez zanjados todos los trámites y papeleos que aquella ocasión requería, Ralph y Albert decidieron celebrarlo con una comida en el mejor restaurante de Londres. La comida se alargó entre conversaciones, *whiskys*, coñacs y cigarros puros. Todo a lo grande y derrochando una buena cantidad de libras sin miramientos. La ocasión bien lo merecía. La tarde siguió lentamente, hasta el clima parecía mejorar. El alterne en tabernas y pubs parecía no acabar nunca. La última parada fue en Red Tavern, como era de esperar. Pidieron el *whisky* más caro y la compañía de Natalie y Patty, a las que hicieron sentarse en sus rodillas en vez de en los butacones.

Y entre música, baile, alcohol, humo, derroche y excesos transcurrió la noche, pero a Ralph y Albert nos les apetecía que la noche acabara. Para ellos era un día especial, así que decidieron seguir la fiesta en un hotel de mala muerte del bajo barrio de Chelsea. Los cuatro se alojaron en una sola habitación, pidieron *bourbon* y algo para cenar. La habitación del hotel enseguida cogió el mismo ambiente pesado y casi irrespirable en el que Ralph se despertaba en su casa cada mañana, con una espesa capa de humo y olor a alcohol y perfume barato. Ralph se acostó con Natalie y Albert con Patty como era costumbre, aunque aquella noche cambiaron de pareja

varias veces, y hasta practicaron sexo los cuatro juntos. Las luces del amanecer asomaban por las ventanas de aquella asquerosa habitación cuando se quedaron dormidos, víctimas del cansancio y el exceso. Y no despertaron hasta el mediodía. Natalie y Patty ya no estaban allí. Albert casi no podía moverse del cansancio, pero no le preocupaba en absoluto la situación, al fin y al cabo, no le esperaba nadie en casa. Pero Ralph tenía un pequeño sentimiento de culpabilidad. En el hotel pidió un ramo de flores para enviarlo a su casa con una escueta nota:

«Querida Edna. He tenido que salir fuera para zanjar el asunto de los astilleros. Volveré mañana. Con afecto, Ralph G.».

Decidieron quedarse en el hotel descansando hasta bien entrada la tarde, sabedores de que Edna no sabía nada de él desde el viernes a la mañana, pero tampoco le preocupaba demasiado.

Aquella tarde de sábado empezó tranquila. Un par de copas en los pubs de Chelsea y una conversación informal sobre los planes que el futuro les deparaba en la aserrería era todo lo que les hacía falta. Pero para cuando se dieron cuenta ya les había invadido la noche y se encontraban sumergidos en otra velada de alcohol y derroche en el Red Tavern.

La partida de naipes que jugaban con aquellos desconocidos parecía irles bien. Les estaban sacando una pequeña cantidad de libras. Libras y chelines que los convertían en más alcohol. Todo lo que estaba ocurriendo aquel fin de semana parecía mágico: los negocios, las comidas, las juergas, las chicas, las partidas de naipes... ¡Todo era mágico! Todo parecía salirles bien. Y siguieron en esa línea. Aquella noche tenían tanta euforia que decidieron volver al hotel a pasar la noche. Y además de Natalie y Patty, se les sumó Anna, una jovencita recién llegada de Irlanda con ganas de comerse el mundo, y que decidió empezar a comérselo trabajando en el Red Tavern, sabedora de que aquel gran local de lujuria era frecuentado por hombres adinerados.

Anna se dejó llevar, bebió, bailó y cantó para ellos en aquella habitación del extraño hotel. Todo lo que tenía que hacer era su

trabajo: Entretener, divertir y dar placer sexual a aquellos dos hombres, tal y como lo hacían sus compañeras Natalie y Patty desde hacía bastante tiempo. Y las propinas y los billetes iban engordando en su sostén, ya que la fiesta privada tenía un precio muy diferente al que tenían en el pub. Así que siguió los consejos de Natalie, la mayor de las tres y la más experimentada:

—Déjate llevar, haz todo lo que te pidan, desnuda tu torso, y no te faltará dinero en el bolso —susurró a Anna en el oído.

Cayó la tarde del domingo y el coche de Ralph hizo su entrada por los jardines de la vivienda familiar. Solamente Justin salió a recibirle a la puerta de casa. Edna estaba sentada en el salón, leyendo junto al jarrón donde había depositado el ramo de flores que Ralph le envió ayer. Lo miró y enseguida supo que su ausencia no se debía a un viaje de negocios. Ralph estaba cansado, desaliñado, y con la ropa sucia. Olía como de costumbre. Y toda esa felicidad que había sentido Edna durante todo el fin de semana, a pesar de su ausencia, por las dos pequeñas muestras de cariño de Ralph, enseguida se convirtió en tristeza. Y la tristeza en rabia. Parecía no aprender la lección.

—Hola, querida. ¿Cómo ha ido el fin de semana?

Ralph se acercó a su mejilla en un intento de besarla, pero Edna hizo ademán de apartarse y lo evitó.

—Estoy muy cansado, voy a asearme y me voy a dormir. Mañana empieza una semana muy dura de trabajo —dijo Ralph.

Pero Edna no soltó ni una sola palabra. Siguió con su lectura como si nada hasta que su esposo abandonó la habitación. Ella hizo lo mismo con la lectura, cerró el libro al mismo tiempo que sus ojos empezaban a tomar un aspecto cristalino y el llanto cristalino y solitario tardó varios minutos en desaparecer. Aquella noche, ella tampoco cenó. Se dedicó a esperar a que Ralph se quedara bien dormido para no tener que hablar con él.

A la mañana siguiente Ralph se levantó con un poco de prisa. Era más tarde de lo normal. Edna no se había molestado en despertarlo como acostumbraba. Se puso ropa limpia, se acicaló

el pelo y el bigote y salió de casa disparado. Algo antes de salir de casa llamó la atención. A su paso por el salón volvió sobre sus pasos y se detuvo un instante. El ramo de flores descansaba roto y arrugado en el suelo, junto a las patas de una de las mesillas que usaba Edna para leer cerca de las ventanas. La tarjeta rota en dos estaba encima del ramo. Durante tres segundos contempló aquella escena y prosiguió su camino hacia el despacho. En su cabeza intentaba comprender cómo se pudo sentir Edna anoche, pero no lo consiguió, y se olvidó del asunto. Dejó de darle importancia. O, mejor dicho, le dio al asunto de las flores la misma importancia que le daba a su matrimonio.

Albert ya esperaba en el despacho con un té en la mano y leyendo los diarios económicos del día.

—Buenos días, Sr. Gibbs.

—No me llames Sr. Gibbs. No sé por qué te empeñas siempre en llamarme Sr. Gibbs en el despacho, si fuera de él siempre me llamas Ralph.

—Es una formalidad, Ralph, los negocios son los negocios. Tenemos que ir a visitar a la empresa maderera que nos surtirá la madera. En dos meses tenemos que enviar debidamente preparadas dos mil libras de madera al astillero. El primer navío debe ser botado en año y medio y debemos cumplir los plazos.

—Manos a la obra, Albert. Me tomo un té y nos ponemos en marcha —espetó Ralph con aire jocoso.

Y las siguientes semanas transcurrieron con normalidad entre astilleros y aserraderos, permisos y grandes carruajes tirados por caballos que transportaban las piezas de madera desde el aserradero al puerto. La construcción de buques y navíos parecía ir sobre lo previsto, y diferentes empresas se habían hecho eco del buen trabajo que el aserradero de Ralph ofrecía al astillero, lo que llamó la atención de diferentes empresarios, los cuales demandaban sus servicios. El negocio crecía. Los pedidos eran cada vez más abundantes semana tras semana. Los diarios hacían mención sobre el aserradero y su vertiginoso crecimiento. Las inversiones en bancos

y empresas crecían. Parecían estar tocando el cielo. Un cielo verde color billete de diez libras.

El invierno ha pasado y la primavera comienza a hacerse notar en los árboles, plantas y en el ambiente entrando el mes de junio. Las calles hace tiempo que no están embarradas y los caballos parecen tirar con menos esfuerzo de los carruajes. Hasta el Támesis está más limpio y transparente. El buen tiempo se nota en los rostros de la gente.

El primer domingo de aquel mes es el cumpleaños de Ralph. La jornada transcurrió como otra cualquiera. Edna preparaba una cena familiar para celebrarlo. No faltaba ni un solo detalle. Flores, música agradable, una buena cena ligera, el mejor vino traído de Italia, velas en la mesa, la mejor cubertería... Estrenaba vestido. Quería que todo saliera perfecto. Los cuatro se sentaron en la mesa y comenzaron a hablar del día a día. A Ralph le iban los negocios mejor que nunca, Justin estaba muy ilusionado con su prometida y con un tintineo del tenedor sobre la copa anunció a su familia las intenciones de boda. A Jane no le podía ir mejor en los estudios y se le estaba pasando por la cabeza ir a Francia a mejorarlos en un par de años. Edna era feliz, todos juntos cenando en familia y rodeados de risas y buenas noticias.

Una vez acabada la cena, los cuatro abandonaron el comedor y se dirigieron al salón. Mientras Edna colocaba un vinilo en la gramola, Ralph abría una botella de buen coñac y encendía el mejor cigarro que guardaba para ocasiones como esta. Justin y Jane le entregaron los regalos. Una estilográfica dorada.

—Padre, con esta estilográfica firmarás los mejores contratos a partir de ahora —dijo Justin.

Un buen libro antiguo fue el regalo de Jane y Edna le entregó un pañuelo blanco de seda traído desde Paris. Ralph se lo anudó al cuello, y mientras espiraba el humo del cigarro dijo:

—¿Me queda bien? ¡Parezco importante!

—Lo eres, cariño.

Y un beso acompañó al regalo.

La estampa era preciosa, muy familiar. Ralph estaba sentado en el sillón con el cigarro en una mano y una copa en la otra, el pañuelo en el cuello y ojeando las primeras páginas del libro. Edna estaba sentada junto a él en el apoyabrazos del sillón, acariciándole el pelo. Justin y Jane bailan en el salón junto a ellos. Ralph se puso en pie y alzo su copa.

—Que la buena armonía actual reine para siempre entre nosotros.

Apuró la copa de un trago y se dirigió al vestidor. Minutos más tarde apareció en el salón correctamente vestido para salir.

—Muchísimas gracias por esta fantástica velada, querida familia. Pero ahora he de salir.

El silencio se hizo en el salón. Todos quedaron extrañados, pero nadie dijo nada. Sus caras lo decían todo. Edna no podía entender cómo una velada familiar como esta acababa de esta forma. Pero no le pilló por sorpresa. Se limitaron a recoger las copas y a apagar la gramola mientras la puerta sonó al cerrarse como un adiós.

Minutos más tarde, Ralph se plantó impecable en la puerta de su local favorito. Dentro esperaban Albert, Patty, Natalie, Anna... En aquella ocasión vino a visitarle su amigo Mark Derricks, inseparable compañero de juegos de la infancia. Hacía por lo menos dos o tres años que no se venían y Albert le guardó esta sorpresa. Un gran abrazo entre los tres fue el pistoletazo de partida de la fiesta. Mientras Albert levantaba la mano para llamar la atención de alguna camarera, Patty y Natalie ya se estaban acercando a la mesa.

—Hoy nada de *whisky* ni coñac. ¡Tráenos el mejor champán francés que encuentres en la bodega! ¡Y unos cigarros puros, por favor! —gritó Albert.

Corría el alcohol, como de costumbre. La música y el baile estaban en segundo plano en mitad del salón, pero en aquel rincón, en aquella mesa era otra fiesta. Las meretrices enseñaban escote al servir las copas y los ceniceros rebosaban de ceniza y cigarros. Ralph se levantó y cogió a Anna de la mano. Atravesaron el salón y se perdieron detrás de unas grandes cortinas de terciopelo rojo.

Y con el pañuelo de Edna ato de las manos a Anna. Hora y cuarto después, Ralph y Anna salieron de la habitación, pero no había ni rastro de Albert ni de Mark.

Cuando despertó a la mañana siguiente, lo primero que vio fue a Edna cortando el pañuelo que le regaló la noche anterior con unas tijeras. Lo cortaba en trozos pequeños, todos salvo un trozo que era más grande de lo normal. Ese trozo contenía una quemadura y una mancha de carmín. Ninguno de los dos se dirigió la palabra. Solamente una tímida mirada de vez en cuando que Edna devolvía con una mirada de odio, pero con gesto de que no le importaba ya nada.

—Lo siento, Edna. Ha sido un acciden... Pero Edna no le dejó terminar aquella mentira. Lo interrumpió a base de gritos e insultos. Ya no soportaba más los celos y los desprecios. Aquel sentimiento de amor la estaba matando. Estaba fuera de sí. El pañuelo estaba tan cortado en pedacitos que ya era imposible cortarlo más, así que prosiguió rompiendo fotos, cuadros, libros y jarrones. Tal era la ira de Edna que Ralph tuvo que calmarla de una bofetada. Era la primera vez que la pegaba. Edna quedó muda, como de piedra. No reaccionaba, y así quedó durante horas. Ralph decidió salir a comer solo. No se quitaba de la cabeza el pensamiento de haberla pegado, pero pronto empezó a pensar que lo que a Edna le pasaba no era normal, que nunca había actuado de ese modo y que estaba empezando a perder la cabeza.

Cuando regresó por la tarde a casa no sabía lo que se iba a encontrar, y se llevó una sorpresa. Edna había hecho traer otro pañuelo exactamente igual al que le regaló. Estaba calmada, bien vestida y esperándolo. No puso un pie en la puerta cuando Edna lo empezó a bañar de besos y caricias. Pareciera como si estuviera sufriendo un ataque de arrepentimiento y quisiera pedirle perdón a su esposo, pero sin palabras. Algo raro había en su mirada. A Ralph no le pareció la misma mirada de siempre, era una mirada perdida, rara, le asustaba. La idea de que Edna estaba perdiendo la razón empezó a hacerse más fuerte y no sabía si eso le gustaba o

le desagradaba. Pasaron la tarde en casa, hablando. Pero siempre mirándola con ojo crítico, como estudiando lo que decía y cómo actuaba. No parecía la misma.

Durante los próximos días no comentó nada a nadie, pero siguió observando cómo actuaba, aunque ese pensamiento siempre estaba presente, a veces se olvidaba de él. «Serán cosas mías», pensó para sí mismo.

La temporada de fútbol había acabado y estaba comenzando la de galgos y caballos. El hipódromo se hizo lugar frecuente donde acudir los domingos a jugarse las libras y tomar una copa. Las apuestas no daban grandes resultados económicos, pero tampoco perdía dinero, sino que los beneficios eran pequeños pero constantes. Al finalizar el verano, con todos esos beneficios compró regalos para sus hijos y para su esposa.

Los regalos de Justin y Jane eran importantes. Justin recibió un reloj de oro de bolsillo y Jane un vestido de una afamada *boutique*. Pero el de Edna no lo era tanto. Un simple diario. Eso la hizo sentirse bien por sus hijos, pero muy mal por ella. Parecía no haberse esmerado mucho en buscarle un buen regalo. Más bien algo por compromiso. La tristeza se apoderó de ella una vez más, le dio las gracias y lo guardó en un cajón. Ese diario no volvería a salir nunca más de aquel cajón.

Cierta noche de octubre, durante una partida de naipes en la que se jugaban bastante dinero, Ralph había bebido más de la cuenta y las manos de cartas no le estaban saliendo como a él esperaba y veía cómo su dinero pasaba de su bolsillo al de los desconocidos que tenía enfrente. El alcohol no le dejaba estar de acuerdo con lo que estaba pasando y en un sucio acto de rebeldía, los contrarios se percataron de que Ralph estaba haciendo trampas para recuperar parte de su dinero, lo que desembocó en una discusión. De no ser por parte de la clientela, habrían llegado a las manos. Todo quedó en una discusión, chaquetas empaçadas de *whisky* y algo de desorden en el local. Una vez que los desconocidos abandonaron el salón de baile, la calma y la normalidad volvieron a reinar. La mú-

sica substituyó a los gritos y el baile y las conversaciones se hicieron dueños del ambiente.

—¿Cómo se te ocurre Ralph? Por un puñado de libras, que ni siquiera te hacen falta. Cálmate, vamos a la barra a tomar una copa —le reprendió Albert mientras trataba de secarle con una servilleta el *whisky* derramado sobre su chaqueta.

Patty trató de consolarlo, pero no estaba de humor, y la apartó de su lado de un manotazo.

Una hora después abandonaron el Red Tavern. Había caído la noche y la calle estaba solitaria. De camino al coche, Albert y Ralph charlaban tranquilamente sobre algo sin importancia cuando se percataron de que una sombra les seguía. Al darse la vuelta no vieron a nadie, pero unos metros más adelante la sombra volvió a aparecer. Estaba más cerca, y en esta ocasión al volverse sí vieron al dueño de la sombra. Era un hombre grande, vestido de negro de pies a cabeza. Los tres se miraron unos instantes, en silencio. Algo pasaba, no entendían el qué. Pero lo descubrieron cuando la punta metálica del bastón del misterioso hombre se alzó y un leve reflejo dorado salió de la punta del bastón, que fue a parar directamente en la cabeza de Albert. Albert cayó al suelo y Ralph trató de defenderlo, pero no pudo con él. Dos hombres más aparecieron de la esquina de la calle y las patadas, golpes y bastonazos que recibían parecían no acabar nunca. El sonido de un silbato sonó lejano al otro lado de la calle y los tres misteriosos hombres abandonaron el lugar a la carrera. Antes de desaparecer, a Ralph le hicieron un regalo. Le metieron un fajo de billetes a la fuerza en la boca y le escupieron en la cara.

—No necesito su dinero, Sr. Gibbs —dijo aquel desconocido.

La policía hizo su aparición y ayudaron a levantarse a los dos amigos, que doloridos no conseguían explicar lo ocurrido. Fueron conducidos a comisaría, a ser curados de los golpes y a prestar declaración. Todo fue tan rápido que no supieron explicarlo muy bien. Tras horas de declaración y formularios de denuncias, Albert quedó en libertad, pero a Ralph le hicieron pasar la noche en el

calabozo acusado de desorden público. Aquello lo enfureció más todavía, pero no le quedó más remedio que postrarse en aquel duro catre a pasar la noche.

A la mañana siguiente, Albert entró en comisaría con la billetera llena dispuesto a sacar a Ralph de allí. Una vez en libertad se dirigió a casa, dio órdenes a Albert de que se hiciera cargo del aserradero y no salió de allí en dos días. Estaba enfadado con el mundo y dolorido por los golpes y heridas. Y por supuesto de mal humor.